II Domingo del Tiempo Ordinario
Homilía del Cardenal Carlos Castillo
(Transcripción)

Querido Monseñor Javier Salinas; querido Padre Rodolfo, vicario de la Juventud; querido padres Oscar y querido Chiqui; hermanos y hermanas:

Hoy tenemos aquí a los jóvenes responsables de la Vicaria de la Juventud de Lima que alientan y acogen a los jóvenes en las diversas parroquias y en toda la ciudad.

Y es algo muy lindo que, en el evangelio de hoy (Juan 2,1-11), María tenga una nota especial de lo que siempre hacen los jóvenes con su presencia, en especial en la Iglesia: llenarla de la alegría. Y es que María supo ser joven y lo primero que en su juventud encontró es el anuncio de la alegría y de la salvación, siendo ella sujeto de esa salvación, acogiendo al Jesús niño.

Por eso, hoy día, vamos a alegrarnos con ellos también para cambiar la faz de nuestra Iglesia y de nuestro país en una imagen de esperanza y de fiesta, como lo anticipamos en todas las fiestas que vivimos en nuestra Patria, en especial, la que hemos tenido hace una semana con los hermanos quechuablantes que vinieron para saludar a nuestra ciudad, así como los festejos por los 490 años de nuestra querida ciudad de Lima, tan compleja y tan esperanzadora también.

Primero que nada, recordemos que el Señor siempre se dirige a todas las naciones. La fe cristiana, ya anticipada en el Antiguo Testamento, no es una fe “para mi” solamente y para salvar “solamente mi alma”; es para que, a través de

los gestos concretos que Dios hace en el punto pequeño, se extienda a todos los pueblos de la tierra.

Ya, en el Antiguo Testamento, se anuncia eso: *"Cuenten las maravillas del Señor a todas las naciones"*. Y, a través de esta idea, Isaías (62,1-5) propone que no descansará por amor a su pueblo porque tiene que irrumpir la justicia en el mundo. Pero, justamente, cuando quiere señalar un ejemplo de justicia, señala una relación humana matrimonial: *Ya no te llamarán «Abandonada», ni a tu tierra «Devastada»; a ti te llamarán «Mi predilecta», y a tu tierra «Desposada», porque el Señor te prefiere a ti, y tu tierra tendrá marido*.

Esas expresiones que van jugando con la perspectiva grande, universal, el bien de todos y, simultáneamente, hecho a partir de la pequeñez de las situaciones humanas, es lo que irrumpe fuertemente con Jesús. Jesús, permanentemente, va a mostrarnos que, a través del trato directo de la solución de enredos, problemas, enfermedades, crisis, de personas concretas, en el gesto oportuno y adecuado de servicio, se va construyendo, simultáneamente, un mundo amplio, nuevo, novedoso, una esperanza.

Por eso, en la reunión que hoy hemos tenido con los jóvenes, hemos propuesto con ellos la posibilidad de integrar siempre el Evangelio a todas las actividades que realizamos, y encontrar en los gestos de Jesús todos los sectores de actividades que ellos tienen: teatro, música, danza, comunicación, universidades…. Y, ¿Por qué? Porque en el mismo Evangelio siempre encontramos pistas

para aprender a comunicarnos, aprender a ser voluntarios, aprender a dirigirnos a los demás jóvenes y a la gente

Y eso es lo que más falta en nuestra Iglesia: una Iglesia que sale y encuentra al Otro para seguir caminando. Y el ejemplo más lindo está en el evangelio que vamos a comentar ahora: invitan a la boda a María y también a Jesús; y esta boda es en ***Caná de Galilea***. Esto es algo así como decir Cajatambo, de la provincia de Lima, en el departamento de Lima; son tres cosas a la vez. O sea, Galilea queda en Israel, la capital de Israel es Jerusalén, pero los invitaron a Galilea, que es la zona marginal. Y no solamente van a la zona marginal, sino a ***Caná*** de Galilea, que es un pueblito de Galilea que va a ser un pueblito originario habitado por descendientes de los que se llamaban en esa época de Abraham “cananeos”. Y, en tiempos de Jesús, ya sucedía que esas raíces antiguas medio que se despreciaban por los de Jerusalén. Eso ocurre con nosotros, a veces, cuando decimos que en Lima solo importa la tradición, pero Lima ha crecido a partir de la diversidad; por eso somos la primera ciudad quechuahablante del Perú. Pero a veces medio que despreciamos nuestras raíces también.

Es un milagro y es una cosa buena que todos estemos integrados. Y es interesante que el ministerio de Jesús, en el Evangelio de Juan, aparezca “Caná de Galilea”. Aquí se realiza el primer milagro o primer “signo”, como usa decir Juan, de la presencia de Dios. Pero lo importante es que este primer signo empieza por un gesto de María, que se fija

en este detalle del vino y ve la necesidad de que esta fiesta se va a “aguar”.

Siempre hay personas que en una fiesta llevan su libro para leer. Entonces, les decimos, “aguafiestas”, porque se olvida de que debemos entonar con la fiesta. Y esa tendencia puede existir en todos los invitados si algo importante falta. María, entonces, se da cuenta que la que la fiesta se puede venir abajo y esos pobres novios cananeos van a quedar totalmente deprimidos. María se acerca a Jesús y le plantea el problema: “Señor, no tienen vino”.

Esta manera de proceder de María es uno de los textos que fundamenta por qué la Iglesia tiene que ser en salida y sinodal. Porque tiene que estar atenta a los problemas que hay y responder a ellos dándole sentido a las cosas de la vida, y para ello ir expresando el Evangelio traducido a la situación en que se encuentra la gente. Y aquí hay una urgencia de dar felicidad a esa pobre pareja, y María toma la iniciativa para que Jesús responda. Y Jesús en ese momento, ¿cómo actúa?, retrechero?, si, un poco: “No ha llegado mi hora…”, “¿qué tengo contigo, mujer?”.

O sea que Jesús también ha tenido una tentación de no entender las cosas así. Todavía faltaba ese aprendizaje de que todo el camino era responder a cada necesidad que encontrara, hasta finalmente, ante la necesidad tremenda de un amor infinito y gratuito, Jesús entrega también su vida en la Cruz. Y, por eso, resucita, hace el milagro, el signo de la Resurrección.

En este punto, María ordena que haga lo que ella diga, a pesar de lo retrechero que estaba siendo Jesús y lo impulsa a actuar. Prácticamente, lo obliga a adelantar su hora. Y ese adelanto es porque María se fija en aquel detalle. Toda nuestra vida cristiana, hermanos y hermanas, es ver en las situaciones los detalles más importantes para responder a ellos; pero nos pasa, a veces, que no vemos los detalles, pasamos de largo, reaccionamos indiferentemente, y podemos cometer graves faltas. Pues, ahora, aquí, Jesús está teniendo que afrontar no solamente lo que le dice María, sino el problema en grande que hay.

María ha visto que esa fiesta necesita sazón. Es como una fiesta sin cerveza en nuestro país. Y, ¿qué hace María? Le recuerda lo que es propio de su cultura. Lo más curioso es que hay unas tinajas con una cantidad de agua que permite realiza la costumbre de la época: purificarse. A eso le llamamos “la religión jabón”, porque todo el día es purificarse y purificarse; es decir, estar encerrado en su salvación espiritual para limpiar el alma todo el tiempo. Eso es bueno también, pero no es lo principal. Lo principal es ir más allá de la purificación, hacer posible que las cosas que sirven para la purificación, más bien, se empleen para la vida, para el desarrollo de las personas.

Y, justamente, la cosa más linda de ese texto es que, lo que era costumbre de purificación, se convierte en fiesta con vino y de “rompe y raja”. Porque son ***seiscientos litros de vino***. Díganme ustedes, ¿cómo sería una fiesta en su casa con 600 litros de vino? Y, sin embargo, es una fiesta verdadera. Como dice ese vals “hay que nivelarse con los

que toman desde temprano” porque si no, no se tiene el mismo calor de la fiesta.

Bueno, hoy día, hermanos y hermanas, necesitamos nivelarnos, es decir ponernos a la altura, de las necesidades de alegría que existen en el mundo y en nuestro país. Y necesitamos, entonces, convertir muchísima agua que corre en el vino de la alegría, comprometiéndonos honda y profundamente en el amor del Señor con quienes están en situaciones de tristeza, que son muchísimos. La tristeza que todavía invade a las familias de los niños que han sido contagiados por esa cosa terrible de alimentación que les dieron en uno de los alimentos que se recibieron del Estado, en donde, inclusive, la persona que es dueña de la empresa se ha quitado la vida. Todo eso nos llena de tristeza, como las tristezas de las personas que ahorita están enfermas. Por si acaso, está corriendo el COVID otra vez, mucho cuidado.

Y hay muchas personas y familiares que podemos tener que están sufriendo por eso; hay muchas personas que están sin trabajo; hay muchas personas que todavía sufren a las personas que han sido asesinadas indistintamente en el país. Hay personas que sufren también porque son maltratadas o son marginadas por diversos motivos. Pongámonos en su situación, veamos dónde está la cuestión más importante, intentemos responder como hace María: fijándose en el problema. Y si es una cosa compleja y difícil, poderla resolver con la mayor generosidad posible.

La generosidad es capaz de curar y de resucitar hasta los muertos. Por eso, hoy día, esa capacidad que tiene Jesús

de obedecer a María, y María de señalarle el camino a Jesús, nos hace comprender una cosa que es fundamental: no podemos separar nuestro “ser” varones de nuestro “venir” de mujer. Todos tenemos una mezcla de hombre y mujer en nuestro ser, a pesar de que en unos es prioritaria una u otra. Y, por eso, lo cortés no quita lo valiente, ni lo valiente lo cortés.

Jesús asimiló a María en su ser, de tal manera que tuvo la misma fineza de ella, y aprendió de ella y le enseñaba a la gente. “No se cose remiendo nuevo en tela vieja”, eso se lo enseñaría María, seguramente. Hay muchas cosas de María en el Evangelio en donde se transparenta la presencia de María en la vida de Jesús, como su manera de observar las cosas, de mirar lo profundo. Y, por eso, hoy día, vamos a dar gracias a Dios porque nos pone en una clave universal siendo cosas muy concretas las que tenemos que hacer. Estos signos que hace el Señor son para que se irradien en el mundo ciertas actitudes.

Y el Papa Francisco, con toda claridad, está planteando la firmeza de una nueva Iglesia, que es la Iglesia del Señor, que siempre se renueva, que no es una cosa de ruptura con lo anterior, que florece en la medida en que profundiza el Evangelio, y en donde hace posible que con la sencillez tengamos repercusión histórica para todos y todo el mundo pueda darse cuenta y convertirse a una actitud nueva.

Por eso, hoy día, vamos a pedirle al Señor que, en medio de las condiciones difíciles en las que está el mundo en este momento y, especialmente, en nuestro país, en donde todavía no acabamos de pelear todo el santo día por

intereses, abramos los ojos de que toda la nación tiene que salvarse, y estemos dispuestos a la renuncia de las ambiciones y, sobre todo, de los insultos y de las excomuniones de los unos contra los otros. La Iglesia no está para dividir, está para unir, y unir en lo mejor que tenemos, que es la capacidad de seres humanos dignos y verdaderos.

Que Dios los bendiga, hermanos y hermanas, y gracias a las mujeres siempre por su detalle, porque el detalle es también propio del varón, porque es el ser humano, y el ser humano somos el hombre y la mujer.

Dios los bendiga y gracias.